

con la misma frecuencia en todas épocas: así es que se han visto muy pocas desde 1752 hasta 1820, mientras que desde esta última fecha hasta el día se ha manifestado este fenómeno tan constantemente en el Norte que se han visto desde Setiembre de 1838 hasta Abril de 1839 aparecer 153.

De las observaciones parafáticas hechas hasta el día, resulta que este fenómeno se verifica dentro de los límites de nuestra atmósfera, que como es sabido se extiende á 16 leguas de altura.

A la aparición de la aurora boreal no acompaña ninguna clase de movimiento oscilatorio en el globo, por mas que se haya creído generalmente lo contrario. Ejerce una grande influencia sobre la brújula, cuya aguja desvia de su direccion natural.

Este fenómeno no ejerce ninguna clase de influencia perniciosa sobre la tierra, y solo aumenta la intensidad magnética del globo durante su aparición: de donde se deduce que está intimamente enlazado con el magnetismo terrestre. (G. de M.)

CHATEAUBRIAND.

(Del "Eco de Europa.")

Damos hoy principio á la publicacion de las brillantes memorias del ilustre Chateaubriand y la continuaremos sin interrupcion alguna, convencidos de complacer á nuestros suscritores dedicando una parte de nuestras columnas á las vijilias del célebre autor del *Génio del Cristianismo*.

Las *Memorias de ultra-tumba* se publican en este momento en todas partes del mundo, traducidas en diferentes idiomas. Jamas se ha tributado á escritor alguno, homenaje mas digno, ni mejor merecido, y la Francia de luto vestida llorará por siempre la pérdida de su glorioso hijo. Chateaubriand murió rodeado de la veneracion y el respeto universal, en medio de las tiernas y sinceras lágrimas del sabio y del ignorante, del rico y del proletario, quienes todos en él contemplaban con orgullo una lumbrera del mundo, una columna robusta de la Francia, un protector del desvalido, un amigo en fin, del género humano. Habiendo figurado de una manera distinguida en todos los movimientos sociales desde la revolucion de 93 hasta nuestra época, ¿quien mejor que él ha podido iniciarse en los secretos de la vida pública? ¿Cuántos nombres sobre quienes aun no se ha formado opinion alguna, oculta su conducta tras un denso velo, les serán perfectamente conocidos? Debemos esperar de estas "Memorias," informes curiosos y muy interesantes, así como importantes lecciones para la sociedad. Acaso la voz solemne de Chateaubriand haciéndose oír desde la tumba, ejercerá sobre el espíritu de la época una vigorosa y benéfica influencia.

MEMORIAS DE ULTRA TUMBA.

Por Chateaubriand.

PRÓLOGO.

REVISADO EL 22 DE JULIO 1846.

PARIS 14 DE ABRIL 1846.

Sicut nubes... quasi naves... velut umbra.—Job

Como me es imposible de preveer el momento de mi fin; como á mi edad, los dias concedidos al hombre, no son sino dias de gracia, ó mejor dicho, de rigor, voy á explicarme.

El 4 de Setiembre próximo, habré cumplido setenta y ocho años: ya es tiempo que deje un mundo que me deja, sin que yo lo sienta.

Las memorias en cuyo encabezamiento se leerá este prólogo, siguen sus divisiones, las divisiones naturales de mis carreras.

La triste necesidad, que me ha puesto siempre el pie en el pescuezo, me ha obligado á vender mis memorias. Nadie puede saber lo que he sufrido al verme forzado á hipotecar mi tumba; pero debia ese último sacrificio á mis juramentos y la unidad de mi conducta. Por efecto de una inclinacion quizás pusilánime, yo miraba esas memorias como unos confidentes de quien no hubiera querido separarme: mi propósito era dejarlas á la señora de Chateaubriand; ella las hubiera dado á conocer, segun su voluntad, ó las hubiese suprimido, lo que desearia yo hoy mas que nunca.

Ah! si antes de separarme de este mundo, hubiese yo podido hallar alguien bastante rico, bastante confiado, para rescatar las acciones de la sociedad, y que no estuviese como esta sociedad, en la necesidad de poner la obra en prensa tan luego como se oiga que doblan por mí! Algunos de los accionistas son amigos míos; varios de ellos son personas que desean complacerme que han procurado serme útiles; pero como quiero que las acciones pueden haberse vendido; que habrán sido transmitidas á terceros, á quienes no conozco, y cuyos negocios de familia deben pasar en primera línea: á estos, es natural que mis dias prolongándose, se les vuelvan cuando no importunos, por lo menos perjudiciales. En fin, si aun fuese yo dueño de esas *Memorias*, ó ya las guardara en manuscrito, ó demoraria su aparicion todavia cincuenta años,

Esas memorias han sido escritas en diferentes épocas y países: De ahí provienen los oficiales prólogos que pintan los lugares que yo tenia á la vista, las sensaciones que experimentaba en el mismo momento en que se renueva el hilo de mi narracion. Las formas tan variadas de mi vida; han entrado así las unas en las otras: me ha sucedido que, en mis instantes de prosperidad, he tenido que hablar de mis tiempos de miseria; en mis dias de tribulacion, que traer á la memoria mis dias de felicidad. Mi juventud penetrando en mi vejez; la gravedad de mis años de esperiencia, entristeciendo mis años de hijerezas; los rayos de mi sol, desde su aurora á su ocaso, cruzándose y confundiéndose, han ocasionado en mis relatos cierta confusion, ó si se quiere cierta indefinible unidad: mi cuna participa de mi tumba, mi tumba de mi cuna: mis padecimientos se vuelven venturas, mis dichas cambian en sinsabores, y ya no sé, al acabar de leer estas memorias, si han sido obra de una cabeza jóven ó anciana.

Ignoro si esta mezcla, que no ha estado en mi remediar, gustará ó disgustará; es el fruto de las inconstancias de mi suerte: las tempestades no me han dejado á veces otra mesa en que escribir, que el escollo de mi naufragio.

Se me ha instado para que diese á luz en vida, algunos trozos de mis *Memorias*: prefiero hablar desde el fondo de mi atahud: mi narracion será entonces acompañada de aquellas voces que tienen un tanto de sagrado, porque salen del sepulcro. Si he sufrido lo bastante en este mundo, para llegar á ser en el otro una sombra afortunada; un rayo emanado de los Campos Eliseos, esparcirá sobre mis últimos cuadros, una protectora luz: la vida me cae mal: la muerte me sienta mejor, quizas.

Estas memorias han sido el objeto de mi predileccion: San-Buenaventura obtuvo permiso del cielo para continuar las suyas despues de su muerte: yo no espero tan gran favor, pero desearia resucitar en la hora de las fantasmas, para corregir cuando menos, las pruebas. Pero, ademas, cuando la Eternidad, me haya con ambas manos, tapado los oidos, en la polvorosa familia de los sordos, ya no escucharé mas nada.

Si tal parte de este trabajo, me ha embelezado mas que tal otra, ha sido lo que concierne mi juventud, el rincón mas ignorado de mi vida. Allí he tenido que despertar un mundo que de mí tan solo era conocido: no he hallado, recorriendo esa sociedad desvanecida, mas que recuerdos y silencio: de cuantas personas he conocido, cuantas son las que hoy existen?

Los habitantes de San-Maló, se dirigieron á mí, en 25 de Agosto 1828 por medio del *maire*, con motivo de un dique que deseaban construir. Me apresuré á responderles, solicitando como cambio recíproco de benevolencia, una concesion de algunos pies de tierra, para mi sepulcro, sobre el Grand-Bé. Esto sufrió dificultades, por causa de la opinion del cuerpo de injenieros. Al fin recibí, en 27 de Octubre 1831, una carta del *maire*, el Señor Hovius. Me decia así: "El lugar del reposo, que deseais en la orilla del mar, á pocos pasos de vuestra cuna, será preparado por la piedad filial de los Maloenses. Un pensamiento entristece no obstante este cuidado. Ojalá que el monumento quede por mucho tiempo inocuado! pero el honor y la gloria sobreviven á cuanto sucede sobre la tierra." Cito con agradecimiento estas hermosas palabras del Señor Hovius: no hay en ellas nada de mas, que la palabra *gloria*.

Reposaré pues, á orilla del mar, que tanto he querido. Si fallezco fuera de Francia, deseo que mi cuerpo no sea devuelto á mi patria hasta transcurridos cincuenta años desde su primera inhumacion. Que mis restos queden á cubierto de una sacrilega autopsia: que se ahorren el cuidado de buscar en mi cerebro inanimado, y en mi apagado corazon, el misterio de mi ser. La muerte no revela los secretos de la vida. Un cadaver corriendo la posta, me causa horror: unos huesos blancos y lijeros se transportan facilmente: menos cansados quedarán en este último viaje, que cuando yo los arrastraba de acá para allá, cargados con mis sinsabores. (Se continuará)

* Isotele en la rada de San-Maló.

VARIEDADES.

UN RETRATO DE MUJER.

Por el Baron de Bazancourt.

I.

Encontrábame en dias pasados en el salon de la Señora de H... y observaba con atencion el retrato de una linda jóven pintado por Rigaud, aquel pintor tan elegante, tan injenuo, y cuyo hábil pincel sabia fijar con tanto primor todos los matices y todas las expresiones. Lo miraba, pues, así porque aquel cuadro me parecia muy hermoso como obra de arte, en que la figura del artífice se hacia reconocer en todas sus partes: en que las telas de los vestidos descubrian aquellos suaves quebrados del criminal, y cuyos mil reflejos resaltaban, no obstante, como las escamas de una serpiente en el sol; como porque no habia

en él aquella vanidosa exajeracion de que hablaba hace poco; porque el terciopelo, el oro, los diamantes y las piedras preciosas no corrian de derecha á izquierda por los pies ni sobre la cabeza, porque le acompañaba una fósible sencillez de adornos, bien conocida, bien colocada, que hacia ver un gusto exquisito é indudable; y últimamente, forzoso es decirlo, porque habia en aquel hermoso rostro pacífico y moreno, una expresion particular de vigor y enerjia que me conmovia el corazon. Las facciones, con todo, tenian una expresion afable y sensible, bastante animada, y sus ojos, cuya mirada medio oculta por largas y lucientes pestañas caia sobre sí misma; tenian una languidez dolorosa y pasiva que contrastaba con su testante fisonomía.—En una mano tiene un busto casi acabado, y en la otra el cincel que acaba de cortar el mármol.

Hacia mil reflexiones al mirar aquella pintura, y sin explicarme á mí mismo el interes que en ella mostraba, trataba de adivinar cuál podia ser la idea dominante de aquel hermoso y noble rostro. Mucho tiempo permaneci, sin duda, contemplando aquel retrato; pues no recuerdo cuál fuese la conversacion que pasaba, á mi lado, en el salon. Habíanse retirado todos sin yo notarlo, cuando el ama de la casa me dijo, acercándoseme.

—Mira U. con mucha atencion ese retrato.

—Volví la cabeza y me admiré en extremo al encontrarme solo, mejor diré, me vi confuso.

—Suplico á U. perdone mi indiscrecion, Sra.; respondi, pero el pintor ha hecho ahí un cuadro admirable.

—Es el retrato de la Señorita de Flauville.

—Era una persona muy hermosa la Señorita de Flauville, Señora.

—Y muy desgraciada al mismo tiempo.

—Desgraciada! interrumpí, mirando con sorpresa á la persona que me hablaba; tenia el presentimiento de ello, y en esa mirada, por pacífica y tranquila que parezca, habia yo descubierto aquella languidez melancólica que marca el sufrimiento.

—Cómo, replicó la Sra. de H... U. no ha oído jamás hablar de esta historia?

—No Sra., jamás, y confieso á U. que tengo al presente el mas vivo deseo de saberla.

—Es una historia muy triste y profundamente dolorosa; no obstante, verá si puedo satisfacer su curiosidad.

Nos sentamos, yo de modo que podia, de tiempo en tiempo, dirigir la vista hácia el retrato, y la Sra. de H... al lado de la chimenea.

—Era en la época de la rejenca cuando el Marqués y la Marquesa de Flauville habitaban casi toda el año su castillo del mismo nombre, en Borgoña; tenían dos hijas, Clara y Cecilia; Clara, cuyo retrato es inútil hacer, pues es la que tiene U. delante; y Cecilia, la menor, blanca y suave niña, desterrada casi al salir de la cuna, de la dicha y del seno de su familia para entrar en un convento donde debian pasar una á una las mas bellas primaveras de su juventud; pues U. debe saber sin duda que era entonces un uso establecido que las hijas menores permanecieran en el convento hasta el matrimonio de sus hermanas mayores, época en que salian para desposarse á su vez: uso injusto é infuso, que destruia así, por el aislamiento, la existencia de una segunda hija, como si Dios no hubiera dejado en el camino de la vida, entre cada arco que ha trazado para las criaturas humanas, un lugar bastante ancho para que pudiesen caminar con libertad.—Estaba, pues, Cecilia en el convento, y su hermana Clara de Flauville, hermosa como U. la ve, jóven, esbelta y enérgica, se entregaba á todos los gozes y placeres de una rica y brillante existencia; en la corte era acogida con una atencion particular y obsequiada por todos; era, en los bailes, la mas distinguida y animada; en la caza, la mas intrépida amazona, pues á los mismos hombres les era difícil seguirla y temblaban cuando la veian salir, como lo hacia, todos los obstáculos que se oponian á su paso; parecia que habia en el corazon de esta mujer todo el valor y la fuerza de un hombre.

A muy poca distancia del castillo de Flauville, estaba situado otro que pertenecia al Marqués d'Alaincourt. Mucho tiempo hacia que estaba unida con estrecha amistad la familia d'Alaincourt con la de los Flauville; habíase proyectado tambien, desde épocas anteriores, por los jefes de las dos familias, una union entre Ludovico d'Alaincourt hijo del Marqués, y la Señorita Clara de Flauville; era uno de aquellos matrimonios arreglados y de automano decididos en que los dos contratantes nada pueden; por eso el jóven Ludovico d'Alaincourt dijo á su padre cuando le habló de este enlace tanto tiempo proyectado.

—La Señorita de Flauville, padre mio, está dotada de injenio, honaire y distincion; hago, mas que otro alguno, justicia á todas sus prendas; mas no sé por qué no me muere hacia ella aquel sentimiento de atraccion que involuntariamente se debe experimentar por la que ante Dios y los hombres se toma por compañera para toda la vida.

—Estas son ideas de jóven, hijo mio, repuso el Marqués cuya voz afectuosa se tornó de repente severa. Desengáñese U., no es necesario sentir respecto de su mu-